

Homenaje a las mujeres cubanas del exilio

Por Uva de Aragón

Palabras pronunciadas el 17 de octubre en la Casa Bacardí

Deseo en primer lugar agradecer a NACAE, en especial a Eduardo Zayas Bazán, el Dr. Federico Justiniani, y María Acosta; así como al Instituto de Investigaciones Cubanas de FIU que hayan patrocinado este acto. Gracias también al personal de casa Bacardí, específicamente a María del Carmen Urquizar y Susel Pérez; y a Carlos Alberto Montaner, que pese a un compromiso inesperado que le impidió estar aquí esta noche, tuvo la gentileza de r un video que veremos próximamente. Un reconocimiento especial al Dr. Horacio Aguirre, no solo una personalidad importante sino un gran amigo de mi familia. Mi agradecimiento a todos los presentes, familiares, amigos --veo a compañeras de aulas de Cuba que conocieron a mi madre cuando eran niñas o jovencitas, y a algunas amigas de ella-- y doy las gracias aún más efusivamente a los que están aquí sin que los ate ningún vínculo personal a la extraordinaria mujer cuyo centenario hoy conmemoramos. Entre la familia deseo destacar la presencia de mi hermana Lucía y su hija Muqui, que han venido desde Maryland para mi ocasión, y de mis dos hijas, Uva y Cristina.

Antes de hablar de Uva Hernández Catá, deseo rendir un muy merecido homenaje a las mujeres cubanas del exilio, sin el cual este acto carecería de sentido.

A lo largo de nuestra historia, las mujeres han jugado papeles fundamentales, sin que hayan en la mayoría de los casos recibido el

reconocimiento que merecen. Desde la toma de La Habana por los ingleses en que las lindas criollas se cortaron los cabellos en protesta contra las casacas rojas y muy en especial durante los 30 años de las guerras de independencia en que tuvieron una participación activa como mensajeras, enfermeras y soldados, las cubanas fueron protagonistas clave en eventos políticos y culturales durante la era colonial. (En la actualidad, Teresa Fernández Soneira está dando los toques finales a un libro magistral y abarcador sobre las mambisas.) A principios del Siglo XX, en la Isla se desarrolló uno de los movimientos feministas más significativos del continente. Se involucró la mujer cubana, a riesgo de su propia vida, en la lucha contra todas las dictaduras. (Hay un estupendo trabajo de Raquel LaVilla sobre ese tema publicado en un libro del Instituto Jacques Maritain de Cuba.) Marchó en las calles para protestar y exigir sus derechos durante la de Machado, por lo cual cogió golpes de la Porra; se organizó políticamente y conspiró contra la de Batista, muchas veces con consecuencias dolorosas. El presidio político de las mujeres, especialmente en los primeros años de la Revolución, es prueba sobrada de su actuación decidida y el alto precio pagado por ellas. Esa lucha la continúan en el presente las Damas de Blanco y otras mujeres que se destacan en la Isla, y oponen la resistencia pasiva y el poder de las ideas y la palabra, a la violencia sin sentido. Evito citar nombres de estos períodos de nuestra historia, porque cualquier recuento sería siempre incompleto.

Deseo concentrarme hoy en la mujer cubana en el exilio, y en especial las que llegaron en las primeras oleadas de los años 60 y 70. Mucho se ha escrito del “milagro económico” de los refugiados, pero pocos han destacado el papel trascendental de las mujeres de aquellas familias

que en esas décadas se fueron de Cuba en busca de libertad. No eran inmigrantes, sino exiliados. Dejaron muchas veces una vida cómoda para enfrentarse a situaciones de verdadera escasez. Muchas cambiaron las meriendas en el Carmelo por los paquetes de queso y los pomos de mantequilla de maní del Refugio.

No quisiera cansarlos con cifras, pero algunas son imprescindibles. Según el censo de Cuba de 1953, el último que se hizo durante la República, la tasa de empleo femenino alcanzaba entonces sólo el 13.7% de la población económicamente activa. Para 1970, pese a los esfuerzos de la Revolución por incorporar a la mujer al mercado laboral, la cifra sólo había aumentado el 18.5%. En esa fecha, en Estados Unidos, ya 47% de las mujeres cubanas trabajaban. En 1980, un censo que aún no incluye a la oleada migratoria de El Mariel, pero sí a algunas jóvenes que vinieron niñas o nacidas en este país, la cifra era de 55%, comparable a la de otros países industrializados.

El aporte de la mujer cubana a la economía familiar no puede desestimarse. Uno de los aspectos más importantes que deseo destacar es que un gran número de esas mujeres exiliadas no provenía de esas 256, 440 cubanas que trabajaban en la Isla en 1953. Es decir, no tenían experiencia laboral ninguna, o era muy escasa. Tampoco, con excepciones, alcanzaban alto grado de escolaridad. (En 1953 menos del 1% de las mujeres cubanas contaban con una educación universitaria.) O sea, estas mujeres que hoy deseo honrar, salieron a trabajar en factorías, tomateras, peluquerías, tiendas, colegios y oficinas sin nada que las hubiera preparado previamente. No contaban con “la larga experiencia en el ancho y competitivo campo de la economía liberal”, causa citada a menudo para explicar el milagro económico cubano de los primeros años del exilio. Provenían de las clases medias y altas de

una sociedad donde los valores predominantes dictaban que la mujer casada no trabajara, porque hacerlo era una señal de independencia de la autoridad masculina. Había una connotación de respeto y honor relacionado con que un hombre mantuviera a su familia y que la mujer estuviera dedicada a lo que por muchos años aparecía en los registros civiles como “labores de su casa”. Incluso muchas veces mujeres profesionales dejaban de ejercer sus carreras al contraer matrimonio o con la llegada del primer hijo. (No lo digo como crítica. Era muy parecido en otros países de América Latina e incluso Estados Unidos. Recordemos aquellos programas de “Leave it to Beaver”, o el mismo “I Love Lucy” que nos mostraban a las mujeres como amas de casas, y tampoco, en Cuba, había tantos trabajos disponibles, especialmente en los primeros años de la República en que muchos comercios quedaron en manos de españoles y en que otras labores, como las de cortar caña, no se consideraban en esa época propias para las mujeres).

Es justo reconocer que también se exiliaron mujeres de clases modestas, que en Cuba laboraban en escuelas, oficinas, hospitales, tiendas --de El Encanto al Ten Cent--, peluquerías, farmacias, talleres de costura, la radio y televisión; y en este país trabajaron incansablemente --al igual que sus esposos-- para que sus hijos tuvieran una carrera. En muchos casos, esos niños y niñas que vinieron pequeños o nacieron aquí fueron los primeros en sus familias en estudiar en una universidad. Y esto lo sé porque lo viví, muchas fueron mis vecinas en Silver Spring, Maryland, en unos apartamentos que llamábamos “Pastorita” por la concentración de cubanos, donde todos nos ayudábamos, la ropa de niños iba pasando de unos a otros, la peluquera nos peleaba a todos, el mecánico nos arreglaba el carro, y mi hermana y yo éramos como las alcaldesas pues sabíamos inglés y

ayudábamos a inscribir a los niños en la escuela y con muchas otras gestiones. Naturalmente, a medida que han pasado los años, más personas de todas las clases sociales se han ido de Cuba.

Si las primeras exiliadas compartieron con los esposos el mantenimiento económico del hogar, ello no provocó una división igualitaria de las labores domésticas. Eso vendría en generaciones posteriores. Además de trabajar en la calle, su amplia gama de obligaciones incluía la cena criolla en la mesa puesta a la hora precisa, ----por lo cual el libro de Nitza Villapol se convirtió la Biblia de esos hogares, una verdadera salvación--, la ropa limpia doblada en los armarios --menos mal que pudo cambiar la batea y la tendedera por la lavadora y secadora--, más la ayuda con la tarea de los hijos, la casa impoluta, el cuidado de los viejos, y servir el cafecito caliente al marido y sus amigos que jugaban dominó y discutían en el “Florida room” --o en el basement si era en norte-- cómo derrocar a Castro.

En las primeras décadas las mujeres no figuraron prominentemente en las organizaciones anticastristas. Fueron más pragmáticas. Muchas, las más jóvenes especialmente, se dedicaron a estudiar además de trabajar, y el alza en los niveles de educación de las exiladas fue prodigioso. Hoy en día más jóvenes cubanoamericanas se gradúan de “college” que nunca antes.

Deseo especialmente hacer énfasis en las mujeres de la generación de mi madre, que el 13 de octubre hubiera cumplido 100 años, --o sea, nació en 1913 -- y que llegó a Estados Unidos en 1959 con 45 años de edad. Las considero una clase especial, la de las “damas cubanas” por la elegancia que las distinguía, aunque no lucieran ropa de diseñadores. Se trataba de una aristocracia del espíritu, sustantiva, no adjetiva.

Estas mujeres, siempre bien vestidas y peinadas, perfumadas, maquilladas con discreción, supieron crecerse, darle frente a situaciones que nunca hubieran imaginado que iban a vivir. Algunas tuvieron el coraje de mandar a sus hijos solos a Estados Unidos a través de la Operación Pedro Pan y tardaron tiempo en reencontrarse con ellos. Otras vinieron con sus pequeños y dejaron en Cuba a sus maridos presos. Muchas fueron el eje central de hogares donde convivían varias generaciones. Cuidaron a los padres viejecitos antes de que hubiera muchos de los servicios que hoy ofrece Medicare. Alentaron a los maridos en sus luchas por la libertad de Cuba, en los proyectos y sacrificios de fundar y echar adelante un negocio propio o volver a estudiar la carrera que ejercían en Cuba; inculcaron a sus hijos valores éticos y cubanía; y aún alcanzaron a ser manto protector para nietos y bisnietos. Nacidas muchas a principios del siglo XX, y criadas con costumbres del XIX, supieron adaptarse a otra cultura, otro ritmo. Fueron el puente entre la Cuba Republicana y la vida en Estados Unidos.

No todas se establecieron en Miami. Muchas residieron en “el norte”, ya fuera en la zona de Nueva York/New Jersey, Washington, D.C. o Chicago. Pasaron apuros con el inglés. Vieron la caída de las hojas de otoño; sufrieron los rigores del frío y la nieve; disfrutaron de las cálidas primaveras; y con frecuencia ansiaban la llegada del verano para viajar a Miami, lo más cerca que tenían de su añorada Cuba.

Esas damas cubanas, de Union City a Miami, de Los Ángeles a Nueva York, de Madrid a Caracas, formaron agrupaciones – llámense Cuban Women’s Club, Casa Cuba, Pro-Arte y Gratelli, Ballet Concerto—para preservar nuestras raíces culturales. Lograron éxitos en el mundo empresarial. Pienso en Mirta de Perales y Tere Zubizarreta, ambas ya

fallecidas, pues aunque la primera fuera de origen humilde, era igualmente una gran dama. Como lo eran las imperecederas Celia Cruz, Olga Guillot, Zenaida Manfugás. No olvidaron estas mujeres al prójimo, como lo atestigua la labor de Lourdes Águila en la Liga Contra el Cáncer. Enriquecieron nuestra literatura. Ahí están los libros de Pura del Prado, Josefina Inclán, Martha Padilla, Anita Arroyo, entre muchas otras. Algunas, como María Luisa Lobo, se adelantaron a su tiempo, pues esta mujer extraordinaria, de familia pudiente, tal vez presintiendo que moriría joven, viajó a Cuba muchas veces, sencillamente vestida, con su cámara fotográfica y sus ojos abiertos a las bellezas arquitectónicas de La Habana, para regalarnos una verdadera joya de libro, que lamentablemente se publicó póstumamente.

La lista de mujeres que se han destacado sería, como las de otras etapas de nuestra historia, interminable y siempre incompleta. Pero en este centenario de mi madre, Uva Hernández-Catá, cuya vida vamos a repasar próximamente, deseo principalmente rendir tributo a los miles y miles de mujeres anónimas, a todas las sentadas en esta audiencia, y por igual a las mujeres que las precedieron y han muerto en tierra ajena. Y también, por qué no, a las que vinieron niñas y a las nacidas en Estados Unidos como mi sobrina y mis hijas, presentes aquí esta noche, y las hijas y nietas de uds. por igual, que, pese a su amor legítimo por la tierra de George Washington, sienten en sus venas eso tan difícil de definir pero que nos toca tan hondo: la cubanía, que es mucho más que el sándwich en Versalles, o el gobierno de turno en la Isla --por muy largo que sea ese turno. Ese patrimonio del alma que es el amor a la Patria, más allá de su territorio geográfico, también lo han trasmitido las mujeres de generación en generación, con sus cuentos de familia, sus tradiciones, sus recetas de cocina, su dignidad criolla.

Mucho ha cambiado el papel de la mujer en la sociedad actual. Uno de los indicadores del valor extraordinario de las cubanas ha sido su capacidad de adaptación a otras culturas y otros tiempos. Por eso hoy, invoco en especial a esas elegantes damas cubanas contemporáneas de mi madre. Ante ellas me quito el sombrero. Hats off. Chapeau. Vamos todos a aplaudirlas.